

Resultado Concurso del Colegio de Arquitectos de Sevilla. RA-200

7.1 > Mayo-Junio 1976

En Sevilla, a 28 de Abril de 1976 reunidos los miembros del Jurado del Concurso de Anteproyectos para la Sede Social del Colegio Oficial de Arquitectos de Andalucía Occidental y Badajoz con la asistencia de D. Julio Tirado de Serrano, D. Jo sé Antonio Coderch de Sentmenat, D. Aldo Rossi, D. Rafael Moneo, D. Luis Peña Ganchegui, D. José M^aGarcía de Paredes y D. Roberto de Juan Valiente, al efecto de proceder a la apertura de los sobres correspondientes a los lemas premiados, de acuerdo con el acta precedente, resulta lo siguiente.

1er PREMIO: Lema "Z", que corresponde al equipo formado por los Arquitectos D. Gabriel Ruiz Cabrero y D. Enrique Perea Caveda.

2º PREMIO: Lema "CANON", que corresponde al Arquitecto D. Víctor López Coteló.

3er PREMIO: Lema "LADRILLO CRUDO", que corresponde al equipo formado por los Arquitectos D. Helio Piñón Pallarés y D. Albert Viaplana Veà.

ACCESIS: Lema "15,40", correspondiente a los Arquitectos D. Antonio Barrionuevo Ferrer y D. Francisco Torres Martínez.

Lema "CALLE DE LA TARDE" correspondiente al Arquitecto D. José Ignacio Linazasoro.

Antón Capitel / José Miguel de Prada Poole. RA-200

8.1 > Antón Capitel - Mayo-Junio 1976

Habiendo solicitado en su momento la Revista Arquitectura a Anton González Capitel-colaborador habitual de la revista- un juicio acerca del último Premio Nacional de Arquitectura (publicado en el núm. 198) hemos creído conveniente -con objeto de completar el debate implícito en el susodicho comentario- incluir también la posterior respuesta que J.M. de Prada Poole pudiera y quisiera aportar a la de hecho polémica planteada.

DEL TARDO VANGUARDISMO AL PALMAR DE TROYA. ANTON GONZALEZ CAPITEL.

El Premio Nacional de Arquitectura: (o, de la "Instantcity" a la burbuja hormigonada).

Conocer el jurado del último Concurso Nacional de Bellas Artes (Pablo Serrano, Canogar, Santiago Amón, Higuera, un fotógrafo y, quizá, alguno más), darse una vuelta por toda la exposición y observar, por fin, un poco detenidamente las obras presentadas a la sección de arquitectura, era suficiente para llegar a adivinar, si no el fallo completo, si al menos, su sentido.

No es pues, de extrañar que tal conjunto de señores encontrándose, en primer lugar, ante un espléndido proyecto de Manuel e Ignacio de las Casas y también ante otros de indudable calidad (el de Clotet y Tusquets no construido, la Laboral de Cano y Campo Baeza, y el de Casares y Ruiz Yébenes), optaron, sin embargo por conceder el Premio Nacional de Arquitectura a un edificio "Tardo-vanguardista" de Prada Poole.

Cuando este arquitecto montó hace años en Ibiza la inmensa tienda de campaña para el Congreso de Diseño, fue como ver un sueño vanguardista convertido en realidad, traspasado mágicamente a ella desde las páginas de AD o las de otros adictos a las diversas y confusas sofisticaciones. Quizá algunos lo interpretaran incluso como hito arquitectónico importante, como contribución real a la disuelta cultura de aquellos años, olvidando que, si en la historia, por más que muchos se hayan empeñado en lo contrario, nunca la técnica fue capaz por sí sola de ofrecer alternativas valiosas, ahora más que nunca el solo camino de la técnica se nos ofrece resbaladizo. Sin embargo, entonces, fue posible contemplar el pabellón de Ibiza en su escala real y gozar de su encanto, dentro del cual, está también, sin lugar a dudas, el poder desmontarlo y decir "aquí no ha pasado nada". El proyecto de Prada de Sevilla premiado en el nacional pertenece por el contrario a otra historia. En este caso el arquitecto ha petrificado su técnica, sus burbujas, aplicándolas a un edificio permanente, feo y caro, edificado sobre una base de hormigón que necesita ser disparatadamente gruesa, que precisara de un enorme mantenimiento energético y de todo tipo, y que no ofrece ninguna ventaja (salvo su "modernéz") con respecto a un convencional pabellón de deportes. Así pues, Prada, según iba dominando su técnica, ha preferido desligarse de la tradición de los toldos, las tiendas de campaña, los "envelat", etc., ideados para completar la arquitectura y la ciudad, para ser trasladables y de quita y pon, y elegir una relación con la arquitectura tan solo analógica. O, más bien, una competencia con ella. Porque, como ha dicho un conocido arquitecto y profesor (que ahora prefiero no revelar), la relación entre la obra de Sevilla y la arquitectura es igual a la que hay entre el Palmar de Troya y la Iglesia Católica. Por eso, establecidas estas competencias, algunos nos quedamos aún con la arquitectura.

No así el jurado, incapaz, al parecer, de distinguir bien entre las opciones presentadas. Pero no debe extrañarnos, repito, pues, al margen de su poca competencia en arquitectura (solo había un arquitecto, Higuera, y demasiado singular, a mi juicio, y un crítico, Santiago Amón que, marginalmente, se ha ocupado alguna vez del tema), se trata de los, antaño,

modernos, de aquellos artistas que habiendo sido de vanguardia son ya, según parece, la crítica oficial, los nuevos académicos. Y, como tales, han ofrecido un juicio inequívocamente académico: valorar una tendencia que antes pudo parecer revulsiva, pero que el paso del tiempo y su propia esclerotización han dejado reducida simplemente a error. Personalmente creo que un jurado compuesto por los más vetustos académicos de San Fernando hubiera procedido más acertadamente, aunque no fuera más que por instinto senatorial.

Si los concursos siguen, si se sigue dando prestigio y medio millón de pesetas por cosas como ésta, si se sigue, si se sigue corriendo el prestigio de despremiar algunas de las mejores obras que se hacen

En el país, como son las de los hermanos Casas y las demás citadas, pienso que, al menos los Colegios de Arquitectos deberían gestionar del estado un jurado de Arquitectura separado de los demás y concebido lógicamente, o abogar en caso contrario por la desaparición del premio. Si no los arquitectos tendrán, si quieren, que pensar en alcanzarlo según estrategias que no pasan ni por la calidad ni por la lógica.

8.2 > José Miguel de Prada Poole

Querido amigo:

He leído la carta que me enviaste a propósito de la decisión tomada por el jurado de concederme el premio Nacional de Arquitectura. No he de ocultarte mi extrañeza ante esta manifestación, ya que, en mi opinión el premio nacional nunca ha tenido entidad, ni proyección, ni difusión, para producir una polémica, o diatriba, de tipo teórico (y pido perdón tanto al jurado como a los anteriores premios nacionales si me equivoco, pero yo así lo creo). Entre otras cosas porque pienso que en el ánimo del jurado no ha estado en ningún momento la idea de sentar una línea de actuación que sirva de modelo a seguir o de ejemplo académico de cómo se debe hacer la arquitectura. Afortunadamente.

Otro caso distinto pueden ser concurso como el de la nueva sede colegial del C.O.A.A.B. que ha presentado en el jurado arquitectos con clara intención y trayectoria docentes, como Rossi o Moneo (intención reflejada en los comentarios adjuntados a los trabajos) y en el que han participado cerca de doscientos arquitectos o equipos. En el premio nacional, sin embargo, con tema completamente libre (se podía enviar lo que se quisiera) y con 500.000 pts. de dotación para un trabajo no necesariamente "ad hoc", se presentaron solamente siete proyectos. Lo que indica, a mi entender, el poco o nulo interés despertado entre los profesionales por dicho premio.

Por eso, entrar en la calidad del premio o en lo acertado del mismo, en este caso, me parece fuera de lugar, y quizás más sustancioso, para lo que les interesa la sociedad competitiva de los honores, los ejemplos y las líneas maestras de actuación (como parece ser el caso que nos trae aquí) sería polemizar, o discutir, o simplemente razonar, sobre su orientación, su proyección, su necesidad y su oportunidad. Aunque he de decir que este tema en mí no consigue despertar el más mínimo interés. ¿Qué por qué me he presentado entonces a esta feria de vanidades? Muy sencillo. Por dinero.

Cuando la economía personal no es muy boyante que digamos (no somos una mera entelequia intelectual, y por suerte también tenemos cuerpo, que toca y experimenta el mundo y la arquitectura, aunque haya que alimentarlo) pues uno se presenta ¡hasta premios! A ver si suena la flauta por casualidad.

¡Qué ilusión un premio nacional! Pues le regalo el honor a cualquiera de esos, de los que parece haber tantos, que saben perfectamente donde está lo bueno y lo malo, qué es lo bello y lo feo, y se empeñan a voces en indicarnos por donde debemos ir. Yo me quedo solo con la supervivencia.

Vaya por delante, para quien piense lo contrario que yo no considero el proyecto premiado ni mejor ni peor que los restantes. Me molesta la palabra mejor. Mejor, ¿con respecto a qué? ¿A un sistema de valores que dicta quién? ¿Quién tendrá la arrogancia de enarbolar la antorcha que ilumine el CAMINO DE LA VERDAD? Líbrenme a mí de sentar ninguna cátedra, que en ese empeño hay ya demasiados para añadir alguno más.

Atacar un premio porque no se lo han dado a "nuestra obra" me parece pueril y banal. Si la técnica por sí sola nos ofrece un camino resbaladizo, ¿qué duda cabe?, el camino de los premios para ofrecer alternativas válidas al quehacer diario de cualquier arquitecto me parece una pobre deformación. Mire si no nuestro comentarista a su alrededor y dígame a partir de qué premios se ha hecho arquitectura. En ese sentido, y si tanta estima tiene nuestro amigo por los hermanos Casas (yo, arquitectónicamente, solo conozco a Manolo y creo que es un gran profesional, lo mismo que Cano, Baeza, Clotet, Casares... y tantos otros que ni siquiera se han presentado) quédese bien tranquilo, ya que un premio no hace ni mejor (esto parece importarle tanto) ni peor a un arquitecto.

Si hubiera menos premios, menos revistas que publiquen y sublimen la importancia y trascendencia de la gente, y menos señaladores de anatemas: "solo aquí está la única verdad"...se haría seguramente una labor más callada, más honrada, más eficaz, y probablemente menos elitista de la que hacemos hoy día la mayoría de los arquitectos.

Y puesto que algunos prefieren quedarse aún con la arquitectura, yo amigo mío me quedo con la vida, que es también arquitectura. Para mí la arquitectura no se ve, se vive. No se contempla, se disfruta. De la arquitectura lo que más me interesa es precisamente lo que no se ve, la vida que gira y se desenvuelve en torno a ella. El medio que posibilita la locura que es la vida. El hermetismo y la magia de lo que no se explica con palabras (1). La paradoja del tiempo que liga al hombre con el espacio. Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que consiga mis objetivos, cosa que tampoco me importa.

Por eso, y aunque en el sentido de la carta, los términos tardo vanguardista (que no sé qué quiere decir ni me interesa) y el Palmar de Troya (que tampoco sé en qué sentido está utilizada la analogía y no tengo curiosidad por saberlo) estén empleados como peyorativos, pienso que lo único que consiguen es darle a esta obra una importancia que yo no creo que tenga.

No creo que la pista de patinaje sobre hielo de Sevilla sea de tal categoría como para tener que acuñar un nuevo término clasificatorio en las tendencias de la arquitectura actual. Ni tampoco como para ser comparable a un fenómeno como el del Palmar de Troya, de trascendencia internacional, y aunque chocante, tal vez, en algunos aspectos, precisamente por ellos tremendamente dramático, en cuanto significa la crítica más dura que se halla hecha a la Iglesia Católica, incluyendo curas, obreros

y movimientos progresistas, puesto que ha dejado en entredicho la ancestral estructura de la Iglesia Católica desde la propia esencia de la ancestral estructura de la Iglesia. Yo me conformaría con menos. No me siento lúcido para llegar tan lejos, aunque no niego que me hubiera gustado tener un destello tan genial como para haber organizado un happening en el que ha participado tanta gente y ha movido tantas opiniones: periodistas, comentaristas, comentadores, contempladores, visitantes, videntes, e indiferentes. ¡Una lástima! Mi hígado se hubiera sentido profundamente agradecido en tan fausta fiesta arquitectónica. Recibe un fuerte abrazo y perdona la extensión de este comentario que no debería haber alcanzado las tres líneas.
(1) Cuando no existe la luz, nada hay que pueda ser entendido por la luz. Y entonces se necesitan las palabras. LAOTSE.

Nota del equipo director saliente. RA-204/205

9.1 > Javier Alau Massa-Luis Miguel Suárez-Inclán-Antonio Miranda Regojo -
Primer cuatrimestre 1977

El nuevo equipo director de la revista Arquitectura, en un hermoso gesto liberal, nos ha ofrecido estas páginas para que hagamos uso de ellas con el fin de despedirnos de nuestros lectores. Hemos aceptado inmediatamente. El extraordinario apoyo y ánimo que hemos recibido por parte de un gran número de nuestros lectores, compañeros muchos y otros profesionales el resto, al o largo de este año y medio, nos exige cuando menos el esfuerzo de estas líneas.

En enero de 1976 iniciamos con plena consciencia de sus dificultades una nueva etapa de Arquitectura que pretendíamos fuese renovadora, eficaz y acorde con los críticos momentos que nos tocaba vivir como ciudadanos y como profesionales.

Arquitectura viene publicándose desde 1918. La dramática interrupción de la guerra civil, tan calamitosa para España, lo fue también para nuestra revista. Durante la larga posguerra fue editada por el Ministerio de la Gobernación y tuvo un dilatado período bajo la dirección de don Carlos de Miguel, en una línea acorde con las sociedad española. Después de una profunda crisis colegial que afectó a la propia revista, nos hicimos cargo de su dirección bajo el decanato de Antonio Vázquez de Castro. A los pocos meses, con un número en la calle y el segundo en prensa, el Colegio cambió de directrices con la entrada de una nueva junta de gobierno, que venía a responder a un cambio ideológico en la opinión mayoritaria del C.O.A.M. Consecuentemente, la línea editorial sufrió una cierta desviación apreciable entre los dos primeros números y los cuatro restantes. Paralelamente a los virajes sobre corto espacio de tiempo que hubimos de acoger, se desarrollaba la difícil y heredada coyuntura económica del país, que afectó seriamente a la publicación.

Por razones de lealtad ante la profesión hemos explicitado nuestra auto-crítica respecto a la gestión económica basada en la deficitaria publicidad de un sector en crisis. Por idénticos motivos reconocemos los aspectos positivos de nuestra gestión cultural al servicio de la profesión.

Sólo nos resta decir que si estamos orgullosos respecto a este último aspecto y a los resultados globales de nuestra dirección no debemos hacer énfasis en nuestros méritos, sino más bien en los de nuestros colaboradores, que han sido muchos y de gran autoridad.

Queremos terminar con nuestros mejores deseos para el equipo director entrante, acerca de cuya gran capacidad no albergamos duda alguna.

Editorial Nueva Etapa. RA-204/205

10.1 > Jerónimo Junquera-Estanislao Pérez Pita-Ángel Fernández Alba - Primer
cuatrimestre 1977

Pensamos que la revista arquitectura, como publicación oficial del Colegio de Arquitectos que es, no debe plantearse como una revista de "tendencia". Entendemos que hoy día en la arquitectura -como fenómeno cultural- existe una gran confusión. Desaparecido el internacionalismo del movimiento moderno, el vacío provocado por éste no ha podido ser sustituido por ninguna alternativa del pensamiento arquitectónico, al menos con la potencia con la que aquél se impuso.

La disolución del aglutinante que éste supuso ha traído consigo la aparición de los francotiradores. Francotiradores que manifiestan sus alternativas, bien mediante sus obras aisladas o por medio de desarrollo de teorías arquitectónicas. Pues bien, entendemos que en este momento de confusión ha sido esta segunda opción la que con mayor fuerza se ha desarrollado.

Los teóricos del pensamiento arquitectónico -no sin cierta nostalgia de esa mística internacionalista- han potenciado desmesuradamente alternativas personales que han alcanzado en estos últimos años una transcendencia totalmente desproporcionada con la obra que las respalda.

Nosotros, desde Arquitectura, queriendo recoger también este aspecto, pretendernos indagar más en la primera opción a la que antes nos referíamos sin crear tendencias o escuelas, 'vamos a insistir en el hecho arquitectónico aislado: en el compromiso que contrae el arquitecto con su obra y